

los crímenes de que acusaban á Santiago de Boiscoran y su aprehension.

Asombrada entonces, permaneció poco más de diez minutos sin conocimiento entre los brazos de sus tías y su abuelo espantados. Pero cuando volvió en sí:

—¡Estoy loca, exclamó, para conmovirme así! No es evidente su inocencia....

Entonces fué cuando dirigió un despacho al marqués de Boiscoran, comprendiendo que antes de intentar algo, era indispensable entenderse con la familia de Santiago.

Después pidió que la dejaran sola, y aquella noche la pasó contando los minutos que la separaban todavía de la hora de la llegada del tren de Paris.

Desde las ocho bajó ella misma á dar al criado la orden de enganchar y de partir para esperar á la marquesa de Boiscoran en la estación, recomendándole sobre todo que regresara á escape.

En seguida se fué á esperar al salon, en donde se encontraban sus tías y su abuelo. Le hablaron, pero su atención estaba en otra parte.

Muy pronto escuchó el ruido de un coche que remontando la calle de la Rampa, se detenía delante de la casa.... Poniéndose en pie se lanzó al vestíbulo, exclamando:

— Ahí está la madre de Santiago.

### III

Nunca, impunemente se violentan los más queridos sentimientos.

Quando al fin pudo la marquesa de Boiscoran refugiarse en el coche enviado á su encuentro, se hallaba próxima á desfallecer, destrozada por los esfuerzos inauditos que habia hecho para demostrar á los despiadados curiosos de Sauveterre, una actitud asegurada y un rostro sonriente.

—¡Qué horrible comedia!.... murmuró dejándose caer en los cojines.

—Reconoced al menos, señora, que eso era necesario, pronunció el señor Folgat. Acabais de conquistar, tal vez, cien personas á vuestro hijo.

Ella no respondió. Las lágrimas la ahogaban.

¡Cuánto hubiera dado por encontrarse sola en casa, para entregarse libremente á todas las cobardías de su dolor y de sus angustias maternas!

Nunca trayecto alguno le habia parecido tan insoportablemente largo como el que separa la estacion de la calle de la Rampa. Lanzado á todo escape, el caballo sacaba chispas con los cascos; le parecia que no avanzaba...

Al fin, el coche acabó por detenerse.

El criado ya habia saltado á tierra, y daba vuelta al picaporte de la portezuela, diciendo:

— ¡Hemos llegado!

Ayudada del señor Folgat, bajó la señora de Boiscoran, y su pie tocaba apenas el piso de la calle, cuando la puerta de la casa se abrió y la señorita Dionisia se arrojó en sus brazos, tan muerta por la emocion, que á penas pudo decir:

— ¡Oh madre mia! madre querida, ¡qué horrible desgracia!...

En la sombra del corredor, caminaba el señor de Chandoré, que se habia levantado al mismo tiempo que su nieta.

— ¡Entrad, dijo á aquellas infelices, no permanezcáis allí... Detrás de todos los postigos de las ventanas brillan ya los ojos que nos espían.

Entraron en el salon.

Positivamente el señor Folgat se encontraba embarazado de su persona.

Ninguno parecia apercibirse de su individuo.

Habia seguido, sin embargo, y entró en el salon en donde de pie cerca de la puerta, contemplaba mudo las emociones de todos, observando alternativamente á la señorita Dionisia, al señor de Chandoré y á las señoritas de Lavarande.

La señorita Dionisia iba á cumplir los veinte años. No podia decirse que era notablemente hermosa, pero era dificil olvidarla cuando se le habia visto una vez. Pequeña de estatura, era la gracia misma, y cada uno de sus movimientos traicionaba alguna rara y exquisita perfeccion.

Con sus cabellos negros, de una maravillosa abundancia; tenia los ojos azules y el tinte de una rubia de los pueblos del Norte, un tinte cuya deslumbrante blancura, hacia aparecer amari las todas las comparaciones imaginadas por los poetas, el lirio, la nieve, la leche...

En ella todo expresaba una angelical dulzura y la más excesiva timidez. Sin embargo, los pliegues de sus labios y el movimiento de sus cejas dejaban sospechar una gran energia.

Al lado de ella el abuelo Chandoré admira-

ba por su elevada estatura y sus anchas y poderosas espaldas.

Setenta y dos años no habían abatido sus hombros de héroes, y parecía hecho para desafiar todas las tempestades de la vida.

Lo que había sobre todo de singular, era el tinte rojo color de ladrillo, uniformemente carmesí, un tinte de viejo jefe mohicano, que hacía parecer más dura y más cruda su barba, sus cejas y sus cabellos blancos.

Su fisonomía, á pesar de todo, expresaba una bondad casi infantil. Pero no era preciso verlo dos veces para comprender que era poco prudente fiarse de la sonrisa benigna que vagaba en sus carnosos labios. Y ciertas chispas que brillaban en el fondo de sus ojos grises, daban á entender, por ejemplo, que hubiera pasado un desagradable cuarto de hora entre sus manos el que se hubiera permitido ofender á la señorita Dionisia.

En cuanto á las tías Lavarande, largas y delgadas como una rama de sauce, pálidas, discretas, de una reserva y frialdad ultra-aristocrática, tenían esa fisonomía plácida y la expresión de sensibilidad propias de las solteras cuyo celibato no ha agriado sus ilusiones. Tenían una «toilette» absolutamente igual, según una costumbre de cuarenta años,

«toilette» de color indeciso, modesta como toda su persona.

Lloraban en aquel momento, y el señor Folgat se preguntaba de qué sacrificio no serían capaces para evitar las lágrimas de su sobrina. . .

¡—Pobre Dionisia! . . . murmuraban.

La joven las escuchó é irguiéndose de repente, y rompiendo el pesado silencio que reinaba desde hacia un rato.

—¡Pero nuestra conducta es indigna! . . . exclamó. ¡Qué diría Santiago, si desde el fondo de su prisión le fuera posible el vernos! ¡Para qué afligirnos! ¿Es acaso culpable? . . .

Sus ojos brillaban de un modo extraordinario, su voz tenía vibraciones que turbaron el fondo del alma del señor Folgat.

—Puedo al ménos, hacerme justicia, prosiguió, por no haber dudado de él ni un segundo. ¡Cuánto me habría avergonzado la duda!

La tarde misma del incendio de Valpinson, Santiago me ha escrito una carta de cuatro páginas, que me ha enviado con uno de sus arrendatarios y que he recibido á las nueve de la noche. . . . Le enseñé á mi abuelo esa carta, la leyó y al momento ha exclamado que tenía yo mil veces razón y que jamás un hombre meditando un crimen habría escrito así.

—Lo he dicho y lo creo, aprobó el señor de

Chandoré, y todo hombre sensato estará de acuerdo conmigo, solamente....

Pero su nieta no dejó de acabar.

—Es, pues, evidente, interrumpió, que Santiago es víctima de alguna intriga abominable que debemos deshacer. Basta de llorar, es preciso que hagamos....

Y dirigiéndose á la señora de Boiscoran:

—Para ayudarnos en esa obra de salvación, querida madre, es por lo que os he llamado...

—Y aquí me teneis, dijo la marquesa, no ménos segura que vos, querida nieta, de la inocencia de mi hijo....

Sin duda estaba reflexionando el señor de Chandoré, porque interviniendo:

—¿Y el marqués? preguntó.

—Mi marido se quedó en París.

El viejo hizo un gesto de lo más significativo.

—¡Ah! ¡lo sabía bien!... exclamó. Nada lo conmovería. Su hijo único es ecbardemente acusado de un crimen, detenido, incomunicado en la prisión.... Se le previene, creyendo que vá á acudir.... ¡Error! Que su hijo se las compenga como pueda. El se quedó vigilando su loza.... ¡Ah! ¡si yo tuviera todavía mi hijo....

—Mi marido, señor, protestó la marquesa, cree que le es más útil á Santiago permane-

ciendo en Peris. Tal vez haya encargos que hacerle....

—No está ahí el ferrocarril....

—En fin, permaneció la señora de Boiscoran me ha confiado al señor....

Y mastrando al joven abogado, dijo:

—....El señor Manuel Folgat cuya experiencia, talento y adhesión nos son reconocidos....

Presentado ya con tal carácter, el señor Folgat se inclinó.

—Y tengo buena esperanza, dijo, tanto le habia ganado la confianza de la señorita Dionisia. Pero estoy de acuerdo con la señorita de Chandoré. Es preciso obrar sin perder un segundo. Ahora, antes de tomar una línea de conducta, tendré necesidad de conocer exactamente los hechos....

—Desgraciadamente nada sabemos, respondió el señor de Chandoré. Nada, sino que Santiago está incomunicado.

—¡Y bien! nos informaremos. ¿Conoceis sin duda, á los magistrados de Sauveterre?....

—Muy poco, con excepcion del procurador de la República....

—¿Y el juez encargado de la instruccion?

La mayor de las señoritas de Lavarande se irguió.

—Ese, exclamó, es el señor Galpin Davelire,

un mónstruo de hipocresía y de ingratitud. Se decía amigo de Santiago. Y en efecto, Santiago lo quería bastante, para habernos decidido á mi hermana y á mí, á conceder á ese juececillo la mano de una de nuestras primas, una Lavarande... ¡Pobre niña! cuando supo la espantosa verdad: Oh! Dios mío! exclamó, gracias por haberme evitado la vergüenza de ver la mujer de tal hombre!

—En efecto, agregó la otra vieja señorita, si todo Sauveterre cree á Santiago culpable, es que cada uno se ha dicho: el que es su juez es también su amigo.

El señor Fulgat inclinó la cabeza.

—Necesitaria noticias más precisas, dijo: el señor de Boiscoran me ha hablado del corregidor de la ciudad, el señor Seneschal.

El señor Chandoré saltó hácia donde estaba su sombrero.

—En efecto, exclamó, ese es nuestro amigo, y si alguno puede estar bien informado, es él. Vamos á buscarlo.... Venid....

Efectivamente, el señor Seneschal era amigo de los Chandoré, lo mismo que de las Lavarande y los Boiscoran.

Por abogado que era uno, no puede estar sin llegar á querer á las personas, de las que durante veinte años ha sido uno su confidente y su consejero.

Mucho después de haber vendido su cargo, el señor Seneschal continuaba teniendo la confianza de sus antiguos clientes. Jamás habían tomado una determinación grave sin haberle consultado. Se dirigían á su sucesor, pero consultando con él antes.

Los servicios, por otra parte eran recíprocos.

La clientela del abuelo Chandoré y del tío de Santiago, había logrado llevar á más de un campesino aficionado á los pleitos, al estudio del señor Seneschal.

Su apoyo no le había sido inútil, cuando presa del vértigo de la ambición, se había "sacrificado por su pueblo" solicitando la plaza de corregidor y el cargo de consejero general.

También, aquel digno y excelente hombre estaba consternado cuando en la mañana siguiente del incendio de Valpinson entró á Sauveterre.

Estaba tan contristado y descompuesto, que su mujer se alarmó.

—¡Gran Dios! Augusto, exclamó, ¿qué ha pasado?

Augusto era el nombre del señor Seneschal.

—¡Ha sucedido una cosa espantosa! respondió con un acento trágico que hizo estremecer á la señora de Seneschal.

Era una mujer de cuarenta á cincuenta años, muy morena, de corta estatura, gorda,

con un pecho que á duras penas podia sujetar con los corsés que le confeccionaban sus costureras, las señoritas Méchinot, las hermanas del escribano.

Jóven, habia tenido la belleza del diablo.

Conservaba al envejecer, unas mejillas encendidas como una imágen de Epinal, una selva de cabellos negros muy firme y unos dientes admirables.

No habia sido muy feliz.

Su vida se habia consumido con el deseo de tener un niño, que la dicha no le concedió.

—Lo que debe, decia, parecer inexplicable á las personas que nos conocen al señor Seneschál y á mi, es que ha pasado por uno de los más hermosos hombres de Sauveterre y yo he disfrutado siempre de una salud excepcional.

Y después, fueran ó no de su intimidad, se ocupaba con aquel motivo de los detalles más delicados, refiriendo sus decepciones y las de su marido, las perigrinaciones hechas por ella, el nombre de los médicos con los cuales habian consultado, cuántos meses habia pasado á la crilla del mar, alimentándose casi exclusivamente con pescado, que no le gustaba.

Nada habia logrado; sus esperanzas se desvanecieron con los años; se habia resignado y la penadumbre de sus deseos se convirtió

en una especie de melancolía que alimentaba con novelas y poesias.

Siempre tenia una lágrima para el momento de todos los infortunios y algunas palabras de consuelo para todos los dolores.

Su caridad era proverbial.

Jamás una mujer próxima á salir de su cuidado, se habia dirigido inútilmente á su corazón.

Aquello no le impedía ser una ama difícil de engañar, llevando á su casa en orden, dirigiendo una legia ó disponiendo una comida, mejor que cualquiera dama de Sauveterre.

Así es que con sollozos escuchó el relato que le hizo su marido de los acontecimientos de la noche,

Y cuando hubo concluido:

—Esa pobre Dionisia, dijo, puede morir de dolor. En tu lugar, iria al momento á la casa del señor Chandoré, y con las maneras más convenientes le haria saber esta funesta noticia...

—Me guardaré muy bien de hacerlo, exclamó el señor Seneschal, y te prohibo expresamente, que vayas....

Como no era un héroe de estoicismo, habria, si hubiese tenido valor, tomado el ferrocarril y caminado cien leguas, por no ser testigo del dolor del abuelo Chandoré y de las tias

Lavarande, sobre todo, de la desesperacion de Dionisia, á la que profesaba particularmente afecion, cuidándola desde hacia muchos años y redondeando su dote con el mismo interes que si se tratara de su hija.

No sabia qué debía creer, é influenciado por la seguridad del señor Galpin Daveline y desorientado por el desencadenamiento de la opinion pública, llegaba á preguntarse si Santiago verdaderamente cometió los crímenes de que lo acusaban,

Sus ocupaciones, por fortuna, debían ser aquel dia muy numerosas para que lo dejaran entregarse á las reflexiones.

Tuvo que arreglar el transporte de los restos informes del tambor Bolton y el pobre Guillebault.

Debía recibir á la madre del uno y á la mujer del otro, escuchar sus lamentaciones, procurando consolarlas; prometer á la primera una pequeña pensión, y afirmar á la segunda, que haría por obtener, para el mayor de sus hijos, una beca en el colegio de Sauveterre ó en el Seminario de Pons.

Le fué preciso además, dar sus órdenes, para que llevaran con todas las precauciones necesarias á los heridos del incendio, al gendarme y al campesino.

Después tuvo que buscar una casa para el

conde y la condesa de Claudieuse, y le costó mucho trabajo encontrarla.

En fin, una buena parte de la tarde la empleó en una violenta discusion con el doctor Seignebois.

El doctor pretendía, en nombre, de la ciencia ultrajada, ed nombre de la justicia y de la humanidad, reclamaba la prision inmediata Cocolé, ese miserable cuyo testimonio inconsciente habia sido la base de la prevencion. Exigia, golpeando con su puño la mesa, que aquel idiota epiléptico fuera conducido al hospital y secuestrado como medida administrativa, para ser ulteriormente sometido al exámen de hombres de saber.

Por mucho tiempo el corregidor habia resistido á esas pretensiones, que le parecían exorbitantes, pero el señor Seignebois habia hablado tan alto y tan firme, que al fin habia enviado dos gendarmes á Bréchy con órden de conducir á Cocolé,

Regresaron algunas horas después con las manos vacias. El idiota habia desaparecido. Nadie habia podido dar de él noticias en la poblacion.

—¿Encentrais eso natural? habia exclamado el doctor Seignebois, cuyos ojos brillaban bajo sus anteojos. Por lo que á mí me toca, veo la

prueba irrecusable del complot organizado para perder al señor de Boiscoran.

—Pero ¡con un diablo! estad tranquilo, respondió con flemma el señor Seneschal. Cocolé no está perdido, se le encontrará.

El médico se retiró sin insistir, pero antes de irse á su casa, fué al casino, y allí en presencia de más de veinte personas, dijo que habia adquirido la prueba de que Santiago de Boiscoran era víctima de sus opiniones avanzadas, que los monarquistas no le perdonaban el haber desertado de sus filas, y que ciertamente los jesuitas no eran extraños en aquel asunto.

Esa intervencion debia ser más perjudicial que útil á Santiago y los resultados no se hicieron esperar.

Aquella misma tarde cuando el señor Galpin-Daveline atravesaba la plaza del Mercado nuevo, fué silbado y lleno de ultrajes.

Como era natural, el juez de instruccion se puso furioso; se dirigió á la casa del corregidor y le participó el insulto hecho á la justicia en su persona, reclamando la más enérgica represion.

El señor Seneschal prometió tomar las medidas necesarias y se fué á la casa del señor Daubigeon, el procurador de la República, para ponerse con él de acuerdo.

Allí supo lo que habia pasado á Boiscoran y el resultado terrible del interrogatorio.

Regresó á su casa muy triste, desconsolado de la situacion de Santiago, muy inquieto del color político que tomaba aquel negocio.

Con tales preocupaciones habia pasado una mala noche, y se levantó de un humor tan detestable, que ni su mujer se habia permitido dirigirle la palabra.

Las cosas no estaban acabadas. A las dos en punto debia tener lugar el entierro de Bolton y de Guillebault, habiendo prometido al capitán Parenteau que asistiera, con su cinta de luto á la cabeza de una parte del consejo municipal.

Acababa de dar la orden de que prepararan su traje de ceremonia, cuando su criado le anunció la llegada del señor de Chandoré con otro señor....

—¡Solo eso me faltaba!... exclamó.

Pero reflexionando:

—Tarde ó temprano la escena habia de tener lugar.... ¡Que entren!....

El señor Seneschal era demasiado bueno para conmovirse ántes de tiempo y de prepararse contra una desgarradora explosion de dolor.

Se quedó estuperfato del aire garboso con que el señor de Chandoré le presentó á su compañero.



—El señor Manuel Folgat, mi querido Seneschal, uno de los abogados de más renombre en Paris, que se ha dignado acompañar á la marquesa de Boiscoran, llegada esta mañana.

—Soy extranjero en esta población, señor corregidor, dijo el señor Folgat; ignoro las ideas, las costumbres, los usos, los intereses, las preocupaciones, todo en fin, y temeria cometer un gran disparate si no tuviera un consejero experimentado, hábil, seguro... los señores de Boiscoran y de Chandoré me han hecho confiar en que vos seriais ese consejero...

—Seguramente, señor, y de todo corazón, respondió el señor Seneschal, inclinándose visiblemente satisfecho de la deferencia del abogado de Paris.

Acercó unas sillas á sus huéspedes. También él tomó asiento y con el codo apoyado en el brazo de un sillón de cuero, se acariciaba con la mano su barba acabada de rasurar.

—El negocio es grave, señores, pronunció al fin.

—Una acusacion criminal lo es siempre, dijo el señor Folgat.

—¡Demonio! señores, exclamó el señor de Chandoré, dudais, pues, de la inocencia de Santiago?...

El señor Seneschal no respondió, no. Se ca-

lló buscando esas atenuaciones convenientes de que le habló su mujer, la vispera.

—¡Cómo imaginarse, comenzó al fin, las ideas que pueden germinar en un cerebro de veinticinco años, exaltado por el recuerdo de ciertas ofensas!... La cólera es una péfila consejera.

El abuelo Chandoré no pudo escuchar más tiempo:

—De qué cólera me hablais, interrumpió, y cómo encontrarais sus huellas en este negocio de Valpinson... Solo veo el más cobarde de los crímenes, mucho tiempo premeditado y friamente ejecutado....

El corregidor inclinó gravemente la cabeza.

—No sabeis lo que ha pasado, dijo.

—Señor, dijo el señor Folgat, con la esperanza de saberlo, hemos venido á veros.

—Sea, dijo el señor Seneschal.

En seguida, con la lucidez de un viejo abogado que tenia la costumbre de desenredar los hilos más intrincados de un proceso, expuso los hechos de que habia sido testigo en Valpinson, y de lo que el procurador de la República le dijo haber pasado en Boiscoron.

Y terminando:

—En fin, concluyó, ¿sabeis lo que me ha di-

cho Daubigeon, de cuyo testimonio no sospecharéis? Me ha hablado en estos términos: "Daveline no podía ménos que hacer aprehender al señor de Boiscoran. ¿Es culpable? No sé qué pensar. Los cargos son terminantes, Jura, por su Dios, que es inocente; pero se rehusa á dar á conocer el empleo de la noche..."

El señor de Clandoré, un hombre tan robusto, pareció próximo á desfallecer, aunque su fisonomía conservaba los tonos carmesí, que ninguna emoción podía hacerle palidecer,

—¡Que va á decir Dionisia, Dios mío... murmuró

Después más alto, dirigiéndose al señor Folgat:

—Y sin embargo, dijo, Santiago tenía ciertamente proyectos para esa noche.

—¿Lo creéis, señor?

—Estoy seguro. Sin eso, habría estado en la casa como todas las noches, desde hacia un mes... El mismo lo había dicho ántes en la carta que envié á Dionisia con uno de sus arrendatarios, esa carta es de la que os ha hablado... Escribió: "En el fondo de mi corazón maldigo el negocio que me impedirá pasar la noche cerca de vos, pero me es imposible retardarlo. Hasta mañana..."

—Lo veis... exclamó el señor Seneschal.

—Tal es esa carta, continuó el viejo, que es imposible, lo repito, que un hombre meditando un odioso crimen, haya pensado en escribirla. Por lo tanto, á vos puedo confesarlo, cuando supe la funesta noticia, esa circunstancia de un negocio urgente me impresionó penosamente.

Pero el joven abogado parecia estar bien lejos de convencerse.

—Es claro, pronunció, que el señor de Boiscoran no quiere que se sepa á donde ha ido.

—Ha mentido, señor, insistió el señor Seneschal, ha comenzado por negar haber tomado el camino donde los testigos lo han encontrado.

—Naturalmente, porque quiere ocultar el lugar á donde fué.

—Sí, es verdad, ¡pero parece bien extraño!

—Todavía hay algo extraño.

—Dejarse acusar de asesinato ó incendio, cuando es inocente...

—Ser inocente y dejarse condenar es todavía más sério. Sin embargo, se sabe de algunos ejemplos.

El joven abogado se expresó con ese acento imperioso y breve que formaba parte de los privilegios de su profesion, y con tal certi

dumbre, que el señor de Chandoré pareció enacer á la vida.

El señor Seneschal parecia estar muy fastidiado.

—¿Que pensais, pues, señor! preguntó

—Que el señor de Boiscoran debe ser inocente, respondió el joven abogado,

Y sin dar lugar á que lo interrumpieran:

—Es, dijo, la opinion de un hombre en cuyo juicio no influye ninguna consideracion. He llegado sin idea preconcebida, sin conocer al señor de Claudieuse ni al señor de Boiscoran. Se ha cometido un crimen, me dicen las circunstancias y al momento reconozco que las razones mismas que han hecho arrestar al acusado, me servirán para ponerlo en libertad.

—¡Oá!

—Voy á explicarme. Si el señor de Boiscoran es culpable, ha mostrado, por la manera con la cual recibió al señor Galpin-Daveline, un poder sobre sí increíble, y un incomparable talento de comediante, Entonces, si es culpable, es muy fuerte...

—Sin embargo...

—Permitidme. Si es culpable, ha dado pruebas en su interrogatorio, de una ausencia de sangre fría insigne, y permitiéndome la fra-

se, de una imbecilidad sia nombre... Entonces, si es culpable, es débil...

—Pero.....

—Perdonadme, voy á terminar. ¿El mismo hombre puede ser á la vez tan fuerte y tan débil? Decidid. Hay todavía más. Si el señor de Boiscoran es culpable, á Charenton y no al presidio habrá que mandarlo, porque cualquiera que no sea loco, tira el agua donde se lavó las manos negras por el carbon y entierra en cualquier parte su fusil Klebb, que la prevencion ha blandido victoriosamente...

—Santiago está salvado!... exclamó el señor de Chandoré.

El señor Seneschal estaba ménos dispuesto á entusiasmarse.

—Eso es dudoso, dijo. Desgraciadamente se necesita otra cosa que una deduccion, por lógica que sea, para los jueces que tienen las manos llenas de pruebas...

—Se encontrarán otras todavía más fuertes.

—¿Qué pensáis hacer?

—No lo sé... Acabo de decir mi primera impresion; ahora, es preciso que estudie el negocio, que interrogue á las gentes, comenzando por el viejo Antonio...

El señor de Chandoré se habia levantado.

—Podemos estar en Boiscoran dentro de una hora, dijo. ¿Debo mandar á buscar mi coche?

—Lo más pronto será lo mejor, respondió el joven abogado.

Encomendado de esa comision el criado del señor Seneschal, estuvo de vuelta antes de un cuarto de hora, anunciando que el coche esperaba en la puerta.

Los señores de Chandoré y Folgat tomaron asiento, y mientras se instalaban:

—Sobre todo, recomendó el corregidor al abogado prisiense, sed prudente y circunspecto... Ya este negocio ha apasionado demasiado á la opinion... Se ha mezclado la política... Temo una manifestacion en el entierro de los bomberos; se ha anunciado que el doctor Seignebos pronunciará un discurso en el cementerio. Vamos, ¡buen éxito!

El cochero azotó al caballo, y mientras que el coche rodaba por el extenso boulevard de las Damas:

—No me explico, decia el señor de Chandoré, que Antonio no haya venido á encontrarme después de la prision de su amo. ¿Qué le habrá sucedido?

---

## IV

El caballo del señor Seneschal era tal vez uno de los mejores de los alrededores, pero el del señor de Chandoré era todavía mejor.

En menos de cincuenta minutos franquearon los trece kilómetros que separan á Boiscoran de Sauveterre,

Cincuenta minutos, durante los cuales los señores de Chandoré y Folgat no cambiaron cincuenta palabras:

Quando llegaron, el patio del castillo de Boiscoran estaba silencioso y desierto. Las puertas y ventanas estaban herméticamente cerradas.

En los peldaños de la escalera estaba sentado un robusto joven campesino que á la vista de aquellas personas se levantó, llevando la mano á su gorra de lana.